

FRANCO, ENTERRADO EN EL VALLE DE LOS CAIDOS

Breve, pero emotiva ceremonia presidida por el Rey | Desde la explanada, cien mil personas asistieron al acto

A las dos y diez de la tarde del pasado domingo, con asistencia del Rey de España, recibían sepultura en la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, en una fosa excavada detrás del altar mayor de la misma, los restos mortales de Francisco Franco, fallecido Jefe del Estado español. Cincuenta minutos antes, el camión militar que había conducido el féretro desde el Arco del Triunfo de la Moncloa había llegado al pie de la escalinata del monasterio y había recibido el último homenaje de una multitud que se hallaba conareada en el exterior de la basílica.

Antes, a las diez de la mañana presidida por los Reyes de España había tenido lugar una misa «corpore insepulto», en la plaza de Oriente, a la que asistieron varios centenares de miles de personas. Acto al que siguió un desfile militar ante el féretro. Posteriormente el cortejo fúnebre se dirigió hasta el Arco de la Victoria, momento en el que el Jefe del Estado recibió el último homenaje del pueblo de Madrid.

—Padre, ¿cuántas personas cree usted que habrá aquí, dentro de la basílica, para la ceremonia del entierro del Generalísimo Franco?

Formulé esta pregunta a uno de los padres benedictinos, orden que cuida la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Era en aquel momento la una y media de la tarde, y aunque la comitiva fúnebre aún no había penetrado en el templo, el clamor de la multitud, los gritos de «¡Franco, Franco!» mezclados con vivas al Rey de España, y los solemnes sonos del himno nacional llegaban hasta el interior del templo como el sordo y lejano rumor de un oleaje. Y el buen padre me contestó: «Mira hijo, que yo sepa, aparte de autoridades y altos dignatarios, creo que están invitadas unas dos mil personas.»

—Padre, ¿y se podrá visitar la tumba de Franco esta tarde? Dudó unos instantes, pero me dijo inmediatamente: «Sí, sí, claro. Yo me supongo que en cuanto se retiren Su Majestad y las autoridades, los fieles podrán ver la tumba de Franco.»

LA TUMBA

La tumba donde reposan ya los restos del Generalísimo Franco estaba abierta cuando los informadores llegamos al interior de la basílica, y preparada ya para recibir el féretro. Está forrada de una aleación de plomo y cinc, mide 226 centímetros de longitud por 126 de profundidad, con cuatro escudos realizados en la Fundación del Generalísimo. El de la cabecera es el escudo nacional; el de los pies, el escudo del guión militar del Generalísimo; el de la derecha, las insignias de capitán general, y el de la izquierda, el emblema de Jefe Nacional del Movimiento. La lápida, de granito, es de forma trapezoidal, y su espesor es de 20 centímetros. Pesa unos 1.500 kilos y sólo tiene esta inscripción: «Francisco Franco». Su adorno es una sencilla cruz. Es una lápida similar a la que cubre los restos mortales de José Antonio. La tumba del Caudillo está delante del coro, a espaldas del altar mayor, mientras que la de José Antonio está en la parte anterior del altar.

Justo a las dos menos cuarto, la procesión fúnebre entraba en la basílica. Antes, ya dentro del templo, pero todavía en sus umbrales, el superior de la orden benedictina, abad mitrado Luis María de Lojendio, recibía el cadáver del Caudillo en una sencillísima ceremonia. Hasta allí, el féretro había sido llevado a hombros por el marqués de Villaverde, el duque de Cádiz, nietos del Generalísimo, don Rafael Ardíd y ayudantes del que fuera Jefe del Estado español, pertenecientes a cada una de las tres Armas.

Recibido el cadáver, y a los solemnes acordes del himno nacional, se organizó la procesión fúnebre encabezada por la Escolanía de la basílica —treinta y seis voces blancas— y precedida por la cruz alzada; la presidencia la ostentaba Su Majestad el

Rey, que al llegar al crucero ocupó un sitial del lado del Evangelio. En el lado de la Epístola, el cardenal Enrique y Tarancon, arzobispo de Madrid-Alcalá y presidente de la Conferencia Episcopal Española, acompañado del primado de España y arzobispo de Toledo, monseñor González

Martín, y el cardenal Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla

En los lugares de honor, el Gobierno, con su presidente, señor Arias Navarro, a la cabeza; Consejo del Reino, presidido por el señor Rodríguez de Valcárcel, y las demás autoridades. También ocuparon un lugar destacado los familiares del Generalísimo, con el marqués de Villaverde a la cabeza. Las representaciones extranjeras se situaron a la izquierda del altar mayor.

RESPONSO Y PROCESION FUNEBRE

Cinco minutos antes de las dos comenzó el solemne responso, oficiado por el abad mitrado de la basílica, con intervención de la Escolanía. Y a su término se organizó la procesión fúnebre que, describiendo un semicírculo alrededor del altar mayor, para pasar precisamente por delante del Rey de España, se dirigió hasta otro túmulo adornado por un tapiz que procedía de las Descalzas Reales y que, en aquel momento, cubría la lápida. Allí sería depositado el féretro, unos instantes, mientras el ministro de Justicia, señor Sánchez-Ventura, como notario mayor del Reino, pronunciaba la fórmula de juramento a la que habían de responder el Jefe de la Casa Militar del Generalísimo, teniente general Sánchez-Galliano; el segundo jefe de la Casa Militar, general Gavilán; y el jefe de la Casa Civil, señor Fuertes de Villaviciencio.

La fórmula del juramento era ésta:

—«Juráis que el cuerpo que contiene esta caja es el de Francisco Franco Bahamonde, el mismo que os fue entregado en el Palacio de Oriente, a las seis treinta horas de la mañana del viernes día 21 de noviembre?»

—«Sí lo es, lo juro», respondieron las tres citadas personalidades. El primero en hacerlo fue el teniente general Sánchez-Galliano, que no pudo contener unos sollozos.

DESMAYO DE MARIOLA

Minutos antes, a las 2.04 exactamente, cuando la procesión fúnebre llegaba a la altura de Su Majestad el Rey, Mariola Martínez-Bordiú Franco, hija del marqués de Villaverde, y esposa de don Rafael Ardíd, sufrió un desmayo. Fue rápidamente atendida y se repuso instantes después, pero ya permaneció sentada durante el resto de la ceremonia.

Entre tanto, el féretro ya había sido colocado sobre el túmulo para ser descendido con cuerdas, a pulso, hasta el interior de la tumba. Previamente se habían retirado

EL ENTIERRO DE FRANCO

la bandera nacional que lo envolvía y el espadín y bastón de mando, así como el gorro del uniforme de gala de capitán general.

Descendió el féretro, la gran lápida fue empujada sobre tres barras cilíndricas, hasta deslizarse al punto exacto donde debía ser colocada con precisión geométrica; una vez allí, se la hizo con dos gatos, se retiraron las barras deslizadoras y encajada con ayuda de dos palanquetas. Dos piezas de mármol, medidas también al milímetro, sellaban poco después la tumba donde los restos del Generalísimo reposan.

La Escolanía entonaba entonces, en canto gregoriano, «Yo Soy la Resurrección y la Vida»; el Rey avanzaba hacia la tumba donde otro brevemente inclinó la cabeza, para despedirse y retirarse a los acordes del himno nacional, exactamente a las 2.22. Las autoridades retribían a los familiares de Francisco Franco sus muestras de condolencia. La ceremonia del enterramiento había terminado.

DESPEDIDA DEL REY

El Rey de España, Don Juan Carlos I, salió a la gran explanada acompañado del abad mitrado y seguido por los jefes de su Casa y sus ayudantes, donde fue acogido con vitores entusiastas. Pasó revista al Rey a las tropas del batallón de Infantería del Ministerio del Ejército que rendían honores, y se retiró entre gritos de entusiasmo de una multitud enfervorizada, que acababa de vivir instantes trascendentales en la historia del país.

Cuando los informadores lo rramos salir a la calle, casi luchando a brazo partido con la multitud que empezaba en aquel instante a invadir el templo para ver la tumba del Generalísimo, cuatro himnos sonaban casi a la vez desde los cuatro puntos cardinales de la gran explanada de la basílica: el «Cara al Sol», el «Orientado», el «Yo tenía un camarada» y el «Himno de la Legión». Veteranos excombatientes — muchos del Cuerpo de Caballeros Mulidos — y jóvenes de la O. J. E. cantaban con el mismo y patriótico entusiasmo.

PERFECTA REGULACION DEL TRAFICO

No sería justo omitir en esta información el capítulo que merecen las fuerzas de Tráfico de la Guardia Civil, que regularon a la perfección el tránsito por la autopista de La Coruña, tanto a la salida como a la entrada de Madrid, con lo que no hubo el menor problema circulatorio, a pesar de que podían calcularse en cada día mil las personas que asistieron — la gran mayoría desde la explanada, al aire libre — a las exequias y la inhumación del cadáver del Generalísimo Franco. Y esas eran mil personas llegaron al Valle de los Caídos en autocares y vehículos particulares que inundaron materialmente las zonas de aparcamiento.

UNAS CUATROCIENTAS CORONAS

Unas cuatrocientas coronas de familiares, amigos íntimos, instituciones y organismos fueron enviadas a los funerales de Franco. Habían estado expuestas en el Palacio de Oriente, y el domingo por la mañana se encontraban sfiladas en la fachada de la basílica del Valle de los Caídos. Habían sido transportadas desde Madrid por unas ochocientos furgonetas, y representaban la ofrenda floral de los españoles al que hasta el último aliento de su vida en la tierra había sido su Caudillo.

Los millares de banderas y rufones que se habían rendido al paso del correo fúnebre estaban otra vez entusiasmados agitadas por la suave brisa de la cálida mañana otoñal. Franco ha prestado su último servicio a España. Ha muerto en olor de multitud, y ha tenido una de las más emotivas despedidas, tal vez, de la Historia. Ahora, España camina de nuevo, precisamente porque el curso de esa Historia no se detiene. Termina una etapa y empieza otra.— José María ALMELA.